



UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

SECRETARÍA DE PRENSA Y DIFUSIÓN CULTURAL

DEPARTAMENTO DE INFORMACIONES Y PRENSA

-VERSIÓN TAQUIGRÁFICA –

De la disertación del señor Presidente de la UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA,
Profesor Rodolfo AGOGLIA, sobre el tema: "CULTURA NACIONAL", declarando, al
mismo tiempo clausurando el Curso de Perfeccionamiento Docente, organizado por la
Universidad Nacional de La Plata.

Fecha: Martes 5 de marzo de 1974.

Lugar: Anfiteatro de la Facultad de Ciencias Veterinarias.

PROFESOR AGOGLIA

Para cerrar el ciclo de formación docente sobre la Realidad Nacional, voy a referirme al tema de la "CULTURA NACIONAL".

Por prescripción médica me voy a permitir leer la clase -para que el esfuerzo sea menor- que tenía preparada para desarrollar hoy. Al mismo tiempo quiero aclararles que este tema debe ser completado, para los que integran el cuerpo docente del Curso de la Realidad Nacional, por una exposición mía sobre el tema "Filosofía Latinoamericana y Argentina", que desarrollé en la Facultad de Derecho de esta Universidad y que, también se halla escrito. Por lo tanto, ustedes podrán disponer de esta versión impresa, y donde se trata el tema con relación específica a la Cultura Argentina y Latinoamericana.

Procuraremos trazar en los términos más simples posibles, no obstante la gran complejidad e importancia del tema, la idea de cultura (coextensiva a la cultura nacional) que elabora el pensamiento histórico y filosófico contemporáneo, a través de la filosofía, la historia y la sociología de la cultura, mostrando a la vez cómo este nuevo concepto surge por obra del pensamiento y la acción de los países del Tercer Mundo. Y al mismo tiempo señalaremos en qué medida este concepto no se contrapone, no es incompatible, con una etapa de universalismo o de desarrollo unitario y general de la humanidad cuyo advenimiento la mayoría de las corrientes contemporáneas pregonizan y que equivaldría, en mayor o menor grado, a una instancia de cultura universal en la que quedarían comprendidos, en un momento histórico dado, todos los pueblos del mundo.

La noción moderna de cultura tiene su punto de partida en el Renacimiento, preferentemente en la Italia de los siglos XV y XVI, época en la que se elabora una nueva idea que se contrapone a la antigua y medieval, concepciones para las cuales la cultura tenía siempre un origen y una significación divina y trascendente. Desde el Humanismo (primera etapa del Renacimiento) la cultura es eminentemente cultura humana, vale decir producto o creación exclusiva del hombre, y por lo tanto una manifestación de su propio ser. Es un mundo nuevo o "sobremundo", como dice Ficino, que se agrega o superpone, como ámbito propio del hombre, el mundo de la

naturaleza. Esta nueva idea de cultura tiene dos acepciones: una subjetiva y otra objetiva o histórica, porque expresa y comprende a la vez todas las capacidades y procesos que concurren en la formación del hombre individual, como el conjunto de los productos objetivos e históricos que el hombre crea a través de los tiempos. Subjetivamente, la cultura exige, para el Renacimiento, el desarrollo de todas las capacidades del hombre sin excepción, porque abarca el desenvolvimiento integral del mismo. Objetivamente, la cultura es el complejo total de los productos humanos, creados por los distintos pueblos, complejo objetivo que progresa en el tiempo en relación a con el desarrollo de las capacidades del hombre. Esta idea de las culturas históricas introduce, como dice Mondolfo, la noción de progreso, ligada a las de tradición y renovación.

Pero si todas las aptitudes del ser humano concurren a la realización de la cultura, tanto subjetiva como objetiva considerada la principal de las capacidades es sin embargo la razón, porque ésta es la facultad fundamentalmente creadora y, por ello mismo, la liberadora del hombre por excelencia. La razón, mejor que ninguna otra capacidad humana, libera al hombre de su naturaleza y le permite crear su propio mundo y desarrollar su propia esencia poniendo a su servicio la naturaleza, y no siendo dominado por ella.

Así la autonomía de la existencia humana es uno de los principios definatorios del Renacimiento, al igual que el del poderío de la razón humana, con la diferencia que éste segundo principio se va acentuando y subordinando al primero a medida que el Renacimiento evoluciona y pasa de su primera etapa humanista a su segunda etapa naturalista, caracterizada fundamentalmente por el desarrollo de la ciencia y de la técnica y el auge del capitalismo. En síntesis, el poder de la razón humana se va reconociendo especialmente en su capacidad para someter o dominar a la naturaleza y también en crear por su libre iniciativa las condiciones las condiciones sociales y económicas más adecuadas a sus intereses individuales, porque fundamentalmente al ámbito de la economía regido por el principio de la libre empresa, se le considera como prototipo de un mundo en que el hombre es padre e hijo de sus propias obras.

Durante los siglos XV y XVI la noción de cultura quedó siempre dentro de los límites señalados: se la entiende como expresión de los distintos pueblos históricos y comprende todas las disposiciones humanas (fantasía, sentimiento, voluntad, razón) y todos los objetos creados por el hombre. Pero a medida que avanza el Renacimiento se advierte en forma cada vez más acentuada la tendencia hacia una idea de cultura en que predominan los productos de la razón o del trabajo humano reglado por normas racionales (razón técnica). En suma, se advierte una marcada tendencia a concebir la cultura como cultura racional.

Sin embargo, lo que fue simple tendencia en la última etapa del Renacimiento se convierte a partir del siglo XVII en una orientación real y definida, porque se va identificando la liberación del hombre exclusivamente con el poderío de su razón y, por lo tanto, se entiende que no hay otra forma de cultura auténticamente humana que la que procede del desarrollo y el uso de la razón. Cultura es sin más cultura racional y a ésta se la denomina civilización. Y desde entonces comienzan a reglarse todos aquellos aspectos de la vida humana que no proceden de la razón y que anteriormente eran considerados como partes integrantes de las culturas históricas. Surge así, expresados en términos simples, la oposición entre los conceptos de civilización y cultura, oposición que adquiere un significado tan profundo en el pensamiento moderno que su desarrollo bien puede ser entendido históricamente como el proceso dialéctico de estas dos ideas que pasan a ser antagónicas: civilización y cultura.

Es el Iluminismo la corriente que sustituye la concepción renacentista de cultura por cultura racional o civilización.

El Iluminismo es una concepción eminentemente del hombre, que acuña un modelo de razón fundado en las ciencias matemáticas y físico matemáticas de la naturaleza. Sobre esta base elabora también una concepción de la historia centrada en las edades del hombre o etapas de desarrollo histórico de la razón, concluye afirmando que todos aquellos productos del hombre como la religión, las costumbres y formas de arte y de la sociedad que no pueden ser absorbidos o asimilados por la razón no son parte integrante de la civilización humana, que solo abarca al dominio de lo racional.

Se entiende pues a un arte, a una filosofía, a una organización política y social racionales, forjadas sobre el modelo de la ciencia, la técnica y la economía. Es de este modo también como surge con el Iluminismo, la idea de período y pueblos civilizados y la de pueblos y períodos oscuros o bárbaros (como por ejemplo, la Edad Media). La modernidad o el siglo como le llaman, que es el momento de madurez de la razón humana, constituye la edad adulta del hombre y representa típicamente la civilización. Esta madurez se pone de manifiesto en el gran desarrollo de la ciencia y de la técnica y el creciente dominio que, merced a ella, el hombre adquiere sobre la naturaleza. Frente a este período de iluminación del hombre por su razón, se presentan otros oscuros o de incipiente desarrollo y algunos (como el siglo de Pericles, por ejemplo) de fugaces destellos de racionalidad.

Esta concepción tan unilateralmente racionalista del hombre, se acentúa y consolida en el siglo XVIII con un plan de transformaciones de la sociedad humana de un modo exclusivamente racional y que se define por los siguientes principios: PRIMERO: todos los pueblos son iguales por su razón porque ésta es una y la misma en todos los hombres. El desarrollo de la razón en los distintos pueblos dará lugar pues a una misma cultura racional y civilización, la cual es por consiguiente universal. SEGUNDO: el desarrollo de esta cultura racional va unido no solo al de la ciencia y de la técnica sino también al del capitalismo, organización que es producto insustituible en lo económico, del individualismo racionalista que funda la concepción del mundo y de la vida del Iluminismo. Los pueblos se cualifican y jerarquizan, pues, no solo por su grado de desarrollo de la ciencia y de la tecnología, sino también del capitalismo o individualismo económico; y así como hay etapas racionales y pre racionales en la humanidad, las hay también capitalistas y pre capitalistas. TERCERO: todo pueblo puede realizarse plenamente y liberarse de cualquier atadura por su razón. Un mismo orden político, social y económico puede ser establecido racionalmente por la decisión de los distintos pueblos, lo cual da lugar a un voluntarismo político del fundamento igualitario y racional.

Sobre la base de estos principios, para el racionalismo iluminista, el Estado se convierte en una simple creación, de algún modo arbitraria y siempre utilitaria, de los individuos. Es una gran máquina utilitaria, puesta racionalmente al servicio de la

máxima felicidad del individuo. Por consiguiente, la relación del individuo con la totalidad es siempre una relación de reservas y de distancias ya que el hombre solo entrega lo que le conviene, reservando para su fuero íntimo lo más valioso.

Por eso los sentimientos de orden nacional juegan un papel secundario. No interesa por ejemplo, que un país se encuentre bajo la dominación extranjera, ni quien gobierna; no importa que sea un amo nacional o extranjero sino que gobierne bien, o sea racionalmente. La voluntad política del Iluminismo no es nacional sino racional, se rige por principios universales y externos que están por encima de todas las contingencias nacionales.

Si pasamos al orden cultural observamos que éste no puede estar determinado por el Estado ni por la sociedad civil, puesto que ninguno de ambos están dotados de funciones y atributos propios, de modo que la vida cultural tiene que provenir de los individuos y nutrirse de ellos. Pero como éstos no se sienten unidos a la comunidad y al Estado, ya que su esencia más íntima es privada, la cultura no sale tampoco del dominio de las instituciones privadas y solo se desarrollan por medio de una libre unión de los individuos. El Estado no tiene una función cultural sino puramente práctica y subalterna y los valores culturales no influyen en el orden político ni social.

Fue Rousseau el primero en advertir las deficiencias de este individualismo y de esta noción racionalista de cultura que anula todo carácter nacional en la vida histórica y, también el primero en proponer una superación mediante nuevos valores humanos y sociales del individuo en la personalidad y de la estructura social en la nación. Subjetiva y objetivamente propuso pues Rousseau, la superación del concepto de cultura elaborado por el racionalismo iluminista y de sus consecuencias nefastas para el orden individual y social. Pero este nuevo orden y este nuevo estado propuesto por Rousseau no concordaban con la realidad histórica del hombre y de la sociedad de su época; y así sabemos que la Revolución Francesa por un lado, y las guerras napoleónicas, buscaron realizar y difundir los ideales iluministas. Pero conocido es también que al intentarlo cayeron en antinomias y contradicciones insalvables. La Revolución Francesa terminó por anular en el terror todos los valores individuales que

pretendía fundamentar que las guerras napoleónicas concluyeron por sojuzgar, también, en nombre de la razón y la libertad, a muchos países europeos y orientales.

Surge así la antinomia independencia-dependencia y la idea del imperialismo o derecho de sojuzgar a los pueblos no civilizados. La civilización justifica el sojuzgamiento y conduce a una contradicción entre los elementos fundamentales que integran y sustentaban esa cultura racional, pues lleva al conflicto insuperable entre razón y libertad.

Es entonces como surgen como oposición a esta corriente iluminista en el mundo europeo las guerras de la independencia, las guerras de liberación en nombre de la personalidad de los pueblos sojuzgados.

Es en la primera mitad del siglo XIX que los defensores de estos pueblos, en el orden intelectual, son los románticos, quienes reivindican frente a la civilización la idea de cultura entendida sobre todo como producto irracional e inconsciente de los distintos núcleos nacionales, cada uno de los cuales posee un propio ser. Se subestiman ahora el individualismo y la razón y la ciencia y la técnica no se ven ya como liberadoras sino como opresoras de los hombres y de los pueblos.

El hombre no es más un ser enteramente racional sino dotado de una multitud de órganos de conocimiento: la inteligencia, el sentimiento, la fantasía, la intuición, etcétera. Solo teniendo en cuenta todos esos órganos obtendremos una visión del mundo más amplia y verídica. Por eso la verdadera cultura no puede consistir tan solo en el desarrollo del entendimiento sino en un cultivo del hombre total en el que predominan los elementos de carácter irracional. Mientras el Iluminismo nos da un esquema racional de la cultura cuyo prototipo era la ciencia, el Romanticismo exalta los valores de una cultura poética, artística y religiosa.

Reivindica la comunidad frente al individuo y la totalidad de las capacidades espirituales del hombre frente a la razón y elabora una concepción organicista e histórica de la sociedad, del estado, la cultura y los pueblos fundada en los siguientes principios: PRIMERO: la colectividad es anterior a los individuos y no resulta de la unión atomística de éstos; SEGUNDO: la vida histórico- social está fundada en lo

inconsciente y crece de modo natural a partir de un núcleo originario: el genio nacional; TERCERO: cada forma y cada ciclo histórico tienen su peculiaridad. Se afirma pues, frente a la igualdad formal del hombre, contra su supuesta uniformidad por la razón, la individualidad de razas, épocas, culturas y pueblos.

Pero para esta lucha anti racionalista los Románticos se apoyan en el sentimiento y la tradición y reivindican las formas tradicionales de la sociedad y el corporativismo. En aras de la liberación política, a lo cual quieren intelectualmente servir, no fomentan la liberación social ni política sino exclusivamente la espiritual o cultural. Y, plantean en consecuencia, dentro del proceso del pensamiento filosófico e histórico moderno las antinomias: civilización y cultura, dependencia y liberación, individualismo y comunitarismo, progreso y estabilización. Los Románticos son pasatistas, conservadores e irracionalistas y formulan también desde sus nuevas perspectivas, la contradicción entre razón y libertad.

Quién intenta una conciliación de todas las antinomias suscitadas en el pensamiento moderno, entre el Iluminismo y el Romanticismo, es Hegel con una nueva posición historicista. Admite las contradicciones como necesarias y transitorias, pero fracasa a nivel histórico en la conciliación, por no haber encontrado un verdadero tercer término para solucionar la contradicción fundamental entre cultura racional o civilización y cultura nacional o histórica.

Hegel tiene el mérito de haber introducido en el pensamiento moderno una nueva idea de razón, de Estado; de historia y de libertad y sobre esta base procura renovar la concepción de la cultura elaborada tanto por el Iluminismo como por el Romanticismo. Entiende que la libertad es la conciencia de la necesidad y que la razón universal no es abstracta ni formal, sino real y concreta, ya que se diversifica y manifiesta en los distintos pueblos y etapas de la historia humana. La cultura, por lo tanto, es siempre cultura histórica o nacional, cultura de los distintos pueblos históricos, que no son, como pensaban los Románticos, simples organismos, sino centros de desarrollo temporal, reserva de productividad humana. Los pueblos tienen carácter dinámico, son como sujetos supraindividuales con rasgos propios naturales y espirituales. Operan históricamente y no se agotan en ningún momento del tiempo

porque son los agentes de los cambios históricos y de las transformaciones de la sociedad.

Las culturas nacionales que se apoyan en estos sustratos populares son las formas concretas que asume la razón en la historia y los medios necesarios a través de los cuales ella se realiza. Pero por eso mismo estas culturas nacionales constituyen grados o momentos del despliegue de la razón universal en el tiempo. De esta manera se introduce en Hegel un criterio unitario de valoración de las distintas culturas históricas en relación con su aporte o contribución al desenvolvimiento de la razón absoluta. Hegel mantiene así la idea racionalista del progreso y no solo admite las diferencias de valor que hay entre las culturas por el distinto grado de desarrollo histórico de la razón que representan, sino que también jerarquiza con criterio racionalista los ingredientes de cada cultura (filosofía, religión, arte, etc.). Como consecuencia admite la idea imperial de pueblos mundiales, o representativos de una etapa del mundo y de pueblos históricamente subdesarrollados. Hay pues, o puede haber, estados sometidos y pueblos dominados. Por otra parte, no solo se justifica la dependencia política sino que se sobrestima la libertad espiritual como autónoma, incluso respecto de la dependencia económica que no se considera decisiva sino tan solo secundaria (en cuanto deriva de la paternidad geográfica) para la personalidad cultural de los pueblos.

En suma Hegel buscó, como Alberdi entre nosotros, superar la antítesis entre cultura romántica y civilización iluminista, procurando integrar dinámica y orgánicamente las diversas culturas históricas en una cultura concreta de humanidad.

Pero la síntesis no se logra porque predominan a la postre los conceptos iluministas de progreso y de razón universal que terminan por subestimar la jerarquía espiritual y la libertad de los pueblos en provecho de culturas históricas privilegiadas.

El fracaso de la solución propuesta por el idealismo Hegeliano corre paralelo al avance de la técnica y la ciencia contemporáneas, que trae aparejado con el positivismo (cuyo lema es "Orden y Progreso") el triunfo de la idea de civilización sobre la cultura.

Y así surgen en las postrimerías del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX los dualismos históricos de civilización y barbarie, autonomía y dependencia, capitalismo y pre capitalismo, revolución y rebelión, entre otros, y la justificación de la expansión colonial de los pueblos imperiales, todo ello fundado en la teoría positivista de los tres estados (religioso, metafísico, científico), según la cual la humanidad se halla definitivamente en la etapa científica y el valor y el derecho de los pueblos se mide en relación con su grado de desarrollo racional y tecnológico.

Pero es en este momento precisamente cuando surgen las luchas por la liberación de los pueblos coloniales en nombre de la idea de Cultura. Cuando todas las Ciencias Sociales, fundadas en el Positivismo o Neo-Positivismo, son instrumentos de esa dominación y la justifican u ocultan, los pueblos sojuzgados defienden históricamente su libertad y su personalidad y rechazan el concepto de civilización que nutre y sostiene el proceso de expansión colonial. Estos pueblos son los que sustituyen instintivamente el concepto de Civilización por el de Cultura Nacional que expresa ahora una idea distinta de la originaria versión romántica y que trasciende también la intentada síntesis hegeliana, porque no solo reivindica la personalidad integral de los distintos pueblos (es decir espiritual tanto como política, social y económica) sino que engloba también en él la misma lucha por la independencia y la liberación social.

Hoy llegamos así a una nueva idea, tan exhaustiva como definitiva, de cultura elaborada por el pensamiento contemporáneo que debemos a los pueblos del Tercer Mundo, de reciente irrupción la historia universal. Según ella como lo ha señalado claramente Alfredo Weber, Cultura no es Civilización porque ésta solo comprende los elementos racionales de las culturas que son comunes a las mismas y por tanto universales, mientras que las culturas son definitivamente nacionales o a lo sumo continentales (desde un punto de vista geopolítico) o de época (desde un punto de vista temporal) y están integradas por la unidad orgánica de múltiples ingredientes de humanidad. Las culturas, en efecto, se manifiestan siempre históricamente en objetos o realizaciones objetivas que expresan: PRIMERO: la subjetividad del hombre o de los hombres, y de las respectivas estructuras anímicas, que les dieron origen, aptitudes, capacidades, vivencias. SEGUNDO: la formación espiritual supraindividual (que tiene legalidad propia) en la cual esos hombres están insertos. TERCERO: los valores o

estimaciones a los que tales objetos significativamente se refieren o que quieren realizar o materializar. CUARTO: los intentos y experiencias de liberación de la naturaleza y de todo factor (político, social o económico) condicionante de la libertad humana. QUINTO: las formaciones vitales o estilos de vida que los distintos pueblos erigen y plasman en modelo de toda realización. SEXTO: la interpretación del mundo y de la vida de un determinado tipo humano y una determinada sociedad. SEPTIMO: los modos de elaboración de la realidad conforme a los cuales el hombre ha creado su propio mundo.

De acuerdo con estas características sucintamente enumeradas, las culturas, objetivamente consideradas, se caracterizan por ser eminentemente racionales (como el modo de asumir una sociedad su humanidad y de realizarla o efectivizarla), histórica (vale decir manifestaciones de un modo de ser de el hombre en un determinado momento del tiempo: no hay cultura universal suprahistórica) y populares (porque tiene su raíz en el pueblo como reserva de productividad) pero estos rasgos teóricos se agrega eminentemente práctico de ser este nuevo concepto de cultura resultado, y, a su vez instrumento para la liberación. Es un concepto dinámico y verdaderamente histórico (en el sentido de que es el hombre mismo quien realiza en el tiempo su humanidad) que no admite ningún tipo de dependencia (contrariamente al concepto hegeliano o romántico que acepta la dependencia económica, política o social); y además un rasgo altamente significativo: la nueva idea de cultura implica, como verdadera síntesis de la antinomia que nos legará el pensamiento moderno, un tercera posición. La nueva noción de cultura procede del Tercer Mundo, pero no hay Tercer Mundo sin tercera posición en lo político, social, cultural y económico. Se sostienen mutuamente el hecho histórico de los pueblos del Tercer Mundo y el hecho doctrinario de una tercera posición. Y esto nos obliga a asumir activamente y no solo en el nivel de lo teórico, el nuevo concepto de la cultura. Debemos reaccionar contra el concepto de civilización y de cientificismo, contra el formalismo lógico-matemático, contra la ciencia y el arte puros, contra la filosofía puramente especulativa, porque son los instrumentos del imperialismo en sus dos formas históricas actuales, ya que todos los modos de la especialización tecnológica y del desarrollo económico están siendo

utilizados como justificativo de penetración política por las dos potencias en pugna en el mundo contemporáneo.

Reivindiquemos, pues, la idea de cultura como expresión integral de la personalidad (espiritual, política, social, y económica= de los distintos pueblos y afirmemos la interdependencia total y efectiva de los distintos dominios de la cultura, porque este criterio organicista es el único que puede evitar que la ciencia y la técnica se separen artificialmente de la totalidad unitaria de una cultura y se erijan en factores deformantes y opresores de los pueblos y de la humanidad. No hay ciencia y técnica autónomas de las culturas al servicio de cuyos ideales deben estar como medios de formación del hombre y de los pueblos. Por eso no hay civilización ni tampoco cultura universal independiente de las culturas nacionales. Recién cuando los pueblos realicen cada uno integralmente su propia personalidad se podrá tender hacia un universalismo histórico concreto, hacia una etapa común y general de la humanidad.

Como resultado y en virtud de todo lo expuesto, es conveniente aclarar que la expresión Cultura Nacional es, en cierto sentido, redundante, pues equivale a la de auténtica cultura, pero su uso, tal como hemos visto, se justifica por traducir un concepto polémico que quiere oponerse a la falsa construcción de una cultura universal (entendida como civilización). Las culturas auténticas son en cambio siempre nacionales y su contribución al desarrollo de una cultura universal se mide precisamente en relación con su grado de autenticidad. Por esta razón una cultura importada, por más altas o depuradas que sean sus producciones, no es nunca una cultura genuina.

Ahora bien; para que una cultura sea auténtica debe satisfacer dos condiciones primordiales: por una parte, ser portadora de una significación fundamental acerca del hombre, capaz de dar razón de todas las manifestaciones individuales y colectivas de los miembros que viven en su clima de influencia; y por otra parte, materializar o efectivizar esa significación en un modo de existencia, de tal suerte que pueda ser vivida por todos y cada uno de los integrantes de una sociedad determinada. Una cultura representa la empresa convergente de una comunidad humana por realizar, con el conjunto de sus conductas individuales y colectivas un ideal humano común. Por

eso la idea de culturas multinacionales o de una cultura universal deben confrontarse con este contexto definitorio. Historiográficamente no son más que el conjunto de un grupo o de todas, según el caso, las culturas nacionales. Pero históricamente están constituidas por principios, estimaciones y modos de vida de los cuales pueden participar todos los hombres en un momento histórico determinado. De ahí que las culturas multinacionales o la cultura universal, sobre todo esta última, sean débiles realidades históricas, expresiones en buena medida abstractas, más ideales que reales, porque las realidades concretas las constituyen las culturas nacionales, que son las efectivamente vividas.

En este proceso de existencialización de una cultura juega un papel decisivo la explicitación de su sentido cultural, del ideal humano que le es inherente, la explicitación que siempre es obra de los intelectuales. Este grupo humano puede o no constituirse en elite pero está claro que su constitución como tal denuncia en ella la proclividad, aunque no la necesidad, a alejarse de las bases colectivas.

Una cultura, en síntesis, es un modo de vivir una comunidad, su humanidad, con la ayuda de un grupo cuya función consiste en elevar esta manera de vivir a su máxima conciencia. Pero debemos reconocer que nuestros intelectuales, en su gran mayoría, han llevado a conciencia preferentemente el significado de otras culturas, y en nada o muy poco han contribuido al desarrollo de una cultura auténtica. Por eso el país reclama hoy de sus universitarios que se sumen decididamente, como genuinos trabajadores de la cultura, a la empresa de formación argentina.

En segundo lugar, para ayudar al proceso de liberación política y cultural, los universitarios argentinos como hombres de nuestra época deben tomar conciencia de pertenecer a una sociedad que es la comunidad latinoamericana. Esta comunidad existe hoy de una manera virtual, pero se afirma en los orígenes comunes de sus diferentes partes, y para ser auténticos debemos ser leales a esos orígenes, ya que ellos son los que dan un significado primitivo fundamental al proceso y al estilo de nuestra existencia y porque gracias a ellos adquirimos un verdadero ser histórico. La Universidad debe contribuir a convertir las dispersas comunidades locales en una auténtica sociedad latinoamericana, y a fomentar una existencia solidaria en todos los

órdenes de la vida y la realidad. Tiene que afirmar o expresar los rasgos comunes y originarios de una sociedad en su más hondo valor. Pero sobre todo debe tomar debida cuenta de que por encima de nuestra comunidad de origen está la comunidad de nuestra misión que parece ser, en base a una feliz coyuntura histórica, la de superar y resolver antinomias que la cultura y el pensamiento europeo nos han legado. América será el continente del porvenir en la medida en que logre esta solución nueva y creadora de las contradicciones inherentes a los dos imperialismos en pugna. Finalmente el universitario debe pensar y trabajar con la convicción y el sentimiento de raíz popular y en consecuencia del destino nacional de toda cultura. Debe actuar en el entendimiento de que es el pueblo la reserva permanente de valores culturales, como así también de voluntad política y de productividad. Por lo tanto, si la Universidad no logra una integración con la realidad íntima de un pueblo, se aleja de la vida de la Nación o de la sociedad y se convierte en un mero centro de especialización o erudición abstractas o formador de profesionales sin conciencia de una tarea nacional. Vida universitaria es vida espiritual e histórica en que se realizan las interpretaciones de los signos y aspiraciones de un pueblo.